

**Homilía de D. Joaquín María López de Andújar, Obispo de Getafe en la Festividad
de Pentecostés, 11 de junio de 2011
Fiesta en Getafe**

Hoy, todo el pueblo cristiano de Getafe pone su mirada en la Virgen María. Incluso, podríamos decir, que los aparentemente más alejados de la Iglesia y de la práctica sacramental, sienten en este día, contemplando la imagen bendita de Ntra. Sra. de los Ángeles, una llamada interior que les invita a revisar su modo de vivir y a dar mayor claridad a sus convicciones y creencias. Ante ella, contemplando su imagen, seguro que más de uno se ha preguntado: ¿qué estoy haciendo con mi vida?, ¿sobre qué fundamentos estoy construyendo mi existencia?, ¿a dónde me está conduciendo la vida que llevo? Mirando a María se reviven muchos sentimientos y muchos recuerdos y vivencias familiares. Y se despierta en el corazón un anhelo profundo de vida, de amor y de fe. La vida es difícil, sobre todo cuando uno se aleja de Dios. El mundo en el que nos movemos es muchas veces duro y frío y, como el hijo pródigo de la parábola, cuando recapacitamos un poco y nos planteamos, bajo la mirada de la Virgen, cómo va nuestra vida, sentimos hambre de hogar, hambre de amor, hambre de verdad. En medio de este mundo vertiginoso, sentimos hambre de paz. En medio de este mundo en el que descubrimos muchas cosas feas, que hacen daño a la dignidad del hombre, sentimos hambre de belleza y de bondad. En medio de este mundo con tantas soledades y tristezas sentimos hambre de amor. En este mundo tan descreído sentimos hambre de Dios. El hombre no puede vivir sin Dios. Cuando el hombre se aleja de Dios se muere de hambre Sin Dios, todo es efímero, todo es pasajero, todo es insoportablemente leve y débil.

La contemplación de la imagen de la Virgen, en el silencio de la plegaria, nos hace descubrir los vacíos del alma. Por eso se la recibe multitudinariamente. El día del bajada de la Virgen, todo Getafe está en la calle. ¿Por qué? Quizá, porque hay mucha gente hambrienta de Dios. Parece contradictorio que en una sociedad donde tanto se ofende a Dios y al hombre, se reciba con tanta veneración y respeto la imagen de la Virgen María. Pero no tiene que extrañarnos. Se la acoge y venera con respeto y amor porque la Virgen nos lleva Dios. Y el hombre necesita a Dios, no puede vivir sin Dios. Una sociedad sin Dios se desintegra. Un mundo sin Dios termina destruyendo al hombre.

La coincidencia de esta fiesta de la Virgen con la solemnidad litúrgica de Pentecostés nos invita a contemplar a María en el Cenáculo, junto a los apóstoles, en actitud orante, recibiendo el don del Espíritu

Santo. Vamos también nosotros a recibir, con María, al que es la fuente inagotable del amor y de la vida. Y vamos a decir con ella: *“Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo (...) Ven dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego (...) Entra en el fondo del alma divina luz, y enriquecénos. Mira el vacío del hombre si tu le faltas por dentro. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito. Guía al que tuerce el sendero (...)*

Las tres lecturas de hoy nos hablan de la venida del Espíritu Santo. Y lo hacen, en escenarios distintos y desde diferentes perspectivas, pero coincidiendo todas en los puntos esenciales.

A la luz de estas lecturas nos podríamos hacer tres preguntas, que nos ayuden a situar hoy, en nuestras vidas, la venida de Espíritu Santo: Primera: ¿en qué contexto vital se produce la venida del Espíritu Santo? Segunda: ¿qué efectos produce en los apóstoles? Y, tercera ¿qué consecuencias va a tener este acontecimiento para el pueblo que les escucha?

Primera: ¿En qué contexto vital se produce la venida del Espíritu Santo? El evangelio nos habla de una primera situación inicial de los apóstoles que va a contrastar con lo que sucederá después. Dice el evangelio que están asustados y no se atreven a abrir las puertas por miedo a los judíos. Los acontecimientos de la pasión están aún muy presentes. Todavía no han caído en la cuenta suficientemente de la Resurrección del Señor. Pero esto es sólo la situación inicial. Una situación en la que hoy pueden vivir aquellos cristianos cuya fe no está suficientemente penetrada por la fuerza de la Resurrección del Señor: todo les asusta, viven su relación con el mundo siempre con sospecha, a la defensiva, sintiéndose perseguidos y creyendo que todo lo que sucede en el mundo es malo.

El Espíritu Santo cambiará radicalmente esta situación. El Espíritu Santo les va a dar un nuevo conocimiento de la realidad, les va hacer comprender la fuerza transformadora de la Resurrección del Señor y les va a llenar de valentía.

Nos dice también la Sagrada Escritura que están todos reunidos en el Cenáculo. Estos dos datos son muy importantes. El dato de la unidad y el dato del Cenáculo. El Espíritu Santo no llega a una comunidad dispersa, sino a una comunidad unida. En otros lugar se dirá que están unidos en la oración con María la Madre del Señor. El Espíritu Santo llega a una comunidad orante, en torno a María, a quien ya el Señor, en la cruz, les

había entregado como Madre. La Iglesia siempre necesita la fuerza del Espíritu para cumplir su misión. Y ese Espíritu, sólo nos será concedido si sabemos permanecer unidos, no dispersos; y si sabemos cuidar en nosotros un verdadero espíritu de oración, de vida interior, de intimidad con el Señor, venciendo la tentación de una vida puramente volcada hacia lo exterior, en el activismo o en la superficialidad. Y en este cultivo de la vida interior la Virgen María siempre será nuestra gran maestra y nuestra mejor consejera.

Y dice también la Escritura que la oración con María y la espera del Espíritu Santo es el Cenáculo. El Cenáculo es el lugar de la Eucaristía. Es el lugar en el que el Señor, anticipando el sacrificio de la Cruz, nos entrega su Cuerpo y su Sangre, en el pan y en el vino, consagrados. En el Cenáculo, participando en la Cena del Señor, se construye la Iglesia y se reciben los dones del Espíritu Santo. No podemos decir que somos, de verdad, discípulos del Señor si no participamos en la Eucaristía. En este día de fiesta en honor de María, en el que queremos recibir también nosotros la fuerza del Espíritu Santo, el mejor regalo que podemos hacer a la Virgen es el de prometerle que siempre estaremos unidos a su Hijo, en la Eucaristía, uniéndonos así permanentemente al Misterio de su muerte y resurrección.

La segunda pregunta que nos hacemos es: **¿qué efectos produce en los apóstoles la venida del Espíritu Santo?** El primer efecto que produce es que desaparece el miedo. Y llenos de una extraordinaria fuerza interior, abren la puertas del Cenáculo y salen a la calle. Podríamos decir que salen al mundo, salen a la vida de los hombres, rompen su encerramiento y sienten una llamada interior que les empuja a comunicar a los hombres la gran experiencia que acaban de vivir. Sienten como un fuego interior que les anima a proclamar ante el mundo la Resurrección del Señor. Esta actitud de los apóstoles, llenos del Espíritu del Señor, ha de ser también hoy nuestra actitud. No formamos parte de un Iglesia, recluida, encerrada y temerosa, que huye del mundo, sino que somos la Iglesia, nacida en Pentecostés y llena de la fuerza del Espíritu, llamada a hacerse presente entre los hombres como levadura y fermento de un mundo nuevo.

Dice también, el libro de los Hechos de los Apóstoles, que rompiendo su silencio y su aislamiento empezaron a hablar. Y su modo de hablar es muy peculiar y sorprendente. Es un modo de hablar que puede ser entendido por todos: *“cada uno los oía hablar en su propia idioma”*. El lenguaje de la fe es un lenguaje universal: es un lenguaje que puede ser entendido por todos y puede llegar hasta las entrañas más profundas del hombre y llenar con su luz la oscuridad del corazón humano. Y es también un modo de hablar capaz de entusiasmar a los hombres proclamando ante ellos las maravillas

de Dios. “Entre nosotros hay gente venida de los más diversos lugares y, sin embargo, *cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua*”.

El mensaje que proclaman los apóstoles y que hoy sigue proclamando la Iglesia no es otro que el mensaje del amor de Dios, el mensaje de las maravillas del amor de Dios, que se ha manifestado en la vida, muerte y resurrección del Señor y que ha abierto en el mundo un modo de vivir, lleno de esperanza, en el que resplandece la dignidad del hombre, llamado a vivir como hijo de Dios y a participar un día en la gloria de la Resurrección del Señor. Nuestro mundo tiene hoy mucha necesidad de este mensaje. Nuestro mundo necesita esperanza. Y sólo quien ha experimentado en su vida las maravillas del amor divino puede comunicar a los hombres esa esperanza que tanto necesitan.

Y, finalmente, la tercera pregunta que nos hacemos es **¿qué consecuencias va a tener este acontecimiento para el pueblo que escucha a los apóstoles?** Uniendo los tres textos bíblicos que hemos escuchado podemos ver muchos de sus efectos sorprendentes. Me voy a fijar sólo en tres.

1.- Primero, antes de que empiecen a hablar los apóstoles, el pueblo acude en masa. Dice el texto que *“al oír el ruido acudieron en masa”*. A veces podemos pensar y así quieren que lo pensemos ciertas ideologías, que el pueblo es una masa amorfa, que no piensa ni tiene sentimientos ni criterios propios y que, por tanto, puede ser fácilmente manipulada por el que grite más fuerte. Esto, desgraciadamente puede ocurrir. Pero no debe ser así. Porque el pueblo esta formado por personas y las personas piensan y sienten. Y el Espíritu de Dios, que es el Espíritu de la Verdad, del Amor y de la Libertad, actúa en el corazón de todos los hombres animándoles a amar el bien y a buscar la verdad. Dice la Escritura que el pueblo acudió a la llamada del Espíritu. El mismo Espíritu que actuó en los apóstoles, actuó también en aquellas gentes. Por eso todos entendieron lo que decían los apóstoles. Era el mismo Espíritu el que los movía.

Esta experiencia de Pentecostés nos tiene que animar a los cristianos de hoy a abrir cauces de diálogo con todos los hombres. Porque la Verdad existe. Y si todos los que buscan la Verdad, hacen lo posible por buscarla juntos, es seguro que un día se encontrarán. El drama de ciertas corrientes culturales que hoy nos invaden es pensar que la Verdad no existe, y que todo es relativo e inestable. Pero, con la ayuda del Señor, no podemos permitir que esas teorías nos dominen. Cada día hemos de poner nuestro afán en buscar la verdad y buscarla con todos los hombres de buena

voluntad. O mejor diríamos: hemos de dejarnos encontrar por la Verdad. Porque la Verdad, que es Jesucristo, también nos busca a nosotros.

2.- Segundo efecto, el Espíritu se manifiesta en cada uno para bien común, con dones diversos. Así lo dice S. Pablo en su primera Carta a los Corintios: *“Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu, hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos”*. Nada hay más contrario al Espíritu del Señor que la uniformidad: creer que todos tienen que hacer lo mismo y en los mismos lugares y con las mismas personas y en los mismos tiempos. El mismo Pablo dirá, en otro lugar: *“Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”*. La belleza de la Iglesia está en su diversidad. Sólo hay que contemplar su historia para ver su inmensa riqueza de dones y de carismas, en tantos santos y hombres de fe que han entregado con amor sus vidas a los demás y han sabido llegar, por la fuerza de su Espíritu, a todos los rincones del mundo y a las más diversas razas y culturas. Lo importante es saber descubrir, cada uno, cuales son esos dones que Dios nos ha regalado y saber ponerlos con generosidad al servicio del bien común.

3. Un tercer efecto del Espíritu, que también señala S. Pablo es esa luz interior que nos hace reconocer y confesar a Jesucristo como único Señor. *“Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es bajo la acción del espíritu Santo”*. En tiempos de S. Pablo, el Señor, el “Kirios” era el emperador. Los cristianos eran buenos ciudadanos y respetaban las leyes y trabajaban por el bien común. Pero había algo que no podía aceptar. Su Señor no era el emperador sino Jesús. Por eso se negaban a venerar la efigie del emperador y a rendirle un culto divino. Su Señor era Jesucristo. Y todo lo que se opusiese a la voluntad de Cristo era rechazado. Y por eso muchos fueron al martirio. Hoy vivimos un mundo en el que hay muchos ídolos, muchos “señores”, muchos poderes, que pretenden adueñarse de nuestro corazón. Y por eso, en este mundo tan idolátrico, tenemos que pedir la fuerza del Espíritu, para que nadie nos robe el corazón, y sólo reconozcamos como Señor, como único Señor de nuestra vida, a Jesús en quien el amor de Dios se ha revelado, nos ha liberado, con su muerte redentora, del abismo profunda del pecado y por su infinita misericordia nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado la reino de la luz, de la verdad, de la bondad y de la justicia. *“Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es bajo la acción del espíritu Santo”*.

En este día de fiesta, unidos a la Virgen María, llevados por ella de la mano, acerquémonos a Jesucristo su Hijo y dejemos que el Espíritu nos

inunde con su luz, nos construya como pueblo y nos haga valientes para dar testimonio de la verdad.

Virgen María Reina y Señora de los Ángeles, vela por nosotros, bendice nuestros hogares, cuida a nuestros niños y a nuestros jóvenes, consuela a los que sufren, intercede por nuestros difuntos y llévanos a todos junto a tu Hijo Jesucristo que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.